

1793-1993: TERROR, VIOLENCIA, PODERES DE LA PALABRA “DEL TRAUMA AL CONFLICTO”*

1793

1793 presenció la expansión de la institucionalización de una vasta empresa destinada a designar y castigar a los traidores y enemigos del interior de la Revolución a través de la creación de un verdadero ejército revolucionario capaz de denunciar a los sospechosos y de ayudar a acabar con el hilo de vida de todos aquellos cuyas supuestas intenciones antinacionales o antirrepublicanas exigían que se les ripostara.

Se funda así el terror, asentado sobre las creencias y convicciones políticas de sus defensores, y sobre el paso al acto para imponer la validación de la ideología que predicaba. Es por eso que a través del análisis de las nociones que subterdieron todos sus componentes institucionales, es posible resaltar los lineamientos de la ideología que la acción aterrizante sirve: ley de los sospechosos, constitución del *Gran Comité de Salud Pública* en septiembre de 1793 (cuyos doce miembros se unieron en un pacto sin fundamento institucional que, no obstante, encerraba *patriotismo, republicanismo, gusto por el poder, y activismo*), *Comité de Vigilancia y Tribunal Revolucionario*, exigencia de producción, por todo ciudadano, de un *certificado de civismo* con obligación de denuncia de todos aquellos convertidos en supuestos subversivos, son algunos de sus signos, entre otros.

En junio de 1793, el Comité será inculcado, desestabilizado e impugnado en tanto *centro de unidad de la nación*, sobre la pregunta: *¿Quién habla la lengua del derecho?*. Los patriotas reclaman que se *haga hablar la ley* en nombre de la oposición de la voluntad de todos a la omnipotencia de la ley: expresión de una voluntad general. Se abre así la vía al juego de lo imaginario de una antinomia de la palabra viva y de la palabra escrituraria.

“Les morts de la guerre son des morts à part, abattus en pleine face et à qui on a pris la vie comme on prend la parole à quelqu’un.”

Georges Bernanos

“Lorsque l’on veut mettre des mots sur la rencontre innémoriale de l’affect et de l’offense, les mots pululent et glissent sur cette vacance langagière.”

Sylvie Nysenbaum

A través de los significantes inscritos en el título, el autor va desarrollando los pivotes en torno a los cuales giró este coloquio. 1793 presencia la fundación del terror para imponer la validación de la ideología que predicaba. 1993 ve retornar un movimiento nacionalista en el que la violencia parece dejarle paso al terrorismo. Conviene que reine la primera para escapar al terror y eventualmente abrir un espacio para la reinscripción del proceso de simbolización. Este es el eje temático de una invitación a interrogar la capacidad de la modalidad psicoanalítica del discurso para cuestionar la coyuntura histórica actual.

* Este texto constituye el argumento de apertura de un coloquio interdisciplinario realizado en París los días 20 y 21 de marzo de 1993. Traducción: Prof. Pio Eduardo Sanmiguel A. Universidad Nacional de Colombia.

Al mismo tiempo Robespierre crea el culto al Ser Supremo con el fin de reunir a los hombres para hacerlos mejores. Lo construye sobre la idea de que la moral ha de ser el fundamento único de la sociedad civil y que la virtud, identificada con el amor a la igualdad, es la base unitaria del vínculo social inmediato que debe reunir a la comunidad, en beneficio de la Patria. A esta exigencia religiosa la subtiende la idea de que si la virtud ha de recordarse constantemente a los individuos es porque aquellos que se ensañan obstinadamente en la destrucción de la empresa de libertad, los extravían sin cesar. Necesariamente entonces, la política sólo puede provenir de una tarea de educación regeneradora que permita que la voluntad imponga el principio de humanidad de los unos contra el capricho de aquellos que supuestamente quieren aniquilarlo.

Este sesgo hará que el odio al otro, alimentado por una sospecha elevada al rango de virtud cívica y acompañada de una sobreestimación fantasmática de sus fuerzas, sea desde entonces el resorte de la pasión revolucionaria que permitirá, en últimas, que el terror no necesite otra justificación que él mismo: nada debe escapar al control de los ciudadanos porque éstos están obligados a asumir solos la responsabilidad de su salvación.

Así lo explica François Furet¹: *"Bien lo dijo Marx siguiendo a Hegel, que la revolución francesa es el teatro en el que se despliega el voluntarismo político moderno en su pureza; el evento permanece fiel a su idea originaria según la cual la institución del contrato social sólo puede ser producto de voluntades libres. Esta capacidad sin límites que se le atribuye a la acción política le abre un campo inmenso a la radicalización de los conflictos y al fanatismo militante. En lo sucesivo cada individuo puede apropiarse nue-*

vamente del viejo monopolio divino que consiste en crear el mundo humano con la ambición de recrearlo. Y si en ello halla obstáculos contrapuestos a su proyecto, los atribuye más a la perversidad de voluntades hostiles que a la opacidad de las cosas: el único objeto del Terror es llevarse a cabo".

1993

1993, momento histórico situado en un contexto de recomposición del universo humano en el cual, simétricamente a la *Weltanschauung* religiosa que vuelve numerosa a colmar las incertidumbres ligadas al derrumbamiento de las ideologías políticas, retorna un movimiento nacionalista bajo la forma especular de una creencia presuntamente secularizada, para eventualmente reinstaurar un pacto social a partir de la expresión activa de una libre voluntad de los hombres que estaría buscando los medios para inscribirse en un discurso común. Durante el último decenio de nuestro siglo, y bajo su auspicio, la violencia parece dejarle paso al terrorismo, que escribía su síntoma.

En efecto, el terrorismo engendrado por las violencias históricas -consecuencia a su vez de las obligaciones impuestas por razones de Estado que se confieren estatuto de razón de la Historia-, justificó su propia acción en nombre de la exigencia revolucionaria, reivindicando su filiación con el Terror. Al hacerlo, contribuyó a dar cuerpo a la representación de una voluntad antagonista, intrusiva y destructora, cuyo pretexto fueron tanto la inmigración como las yuxtaposiciones heteróclitas de etnias y culturas, producto de las reorganizaciones geopolíticas de los dos últimos siglos.



MARXAU, DES INTÈRES

Fue así como la figura del extranjero vino a dar cuenta de la voluntad nacionalista de dar consistencia a las razones del persistente fracaso al que está condenado todo fantasma de restauración cohesiva de los lazos identificatorios que se funde sobre la base de la voluntad saludable (en tanto que colectiva): si la cohesión nacional no logra hallar las condiciones para su realización, no es porque resulte de una utopía sino porque existe en alguna parte una voluntad nefasta y contraria trabajando en la sombra para que no se cumpla.

Sobre tales bases, el odio y la sospecha sólo pueden alimentar y apoyar el sentimiento nacional hasta hacersele consustanciales. Frente a la fuerza producida por la operación de tales dispositivos engendradores de creencia, la opinión declara, a las fuerzas políticas tradicionales, incompetentes para restaurar una dimensión de identidad republicana en crisis sentida y padecida como una limitación interna al supuesto ejercicio de la democracia.

Por ello, la ciudadanía ya no logra fundarse sobre la libre conciencia ni sobre su corolario de libre expresión. Decir que el Otro es el garante o el eje de este impedimento es el resultado de una dene-gación que el discurso político ha

sido incapaz de suprimir a través de la constitución de vínculos entre los ciudadanos, suficientes para que, cada quien a su modo, pueda hallarse enfrentado a la historia que se está construyendo. Lo único que logra aún abrirse la vía de una dimensión transindividual es una palabra proferida en forma de promesa dirigida a ellos, pero justamente esta cualidad promisorio de la palabra presuntamente emitida para uso de aquellos, es la misma que los acalla. Esta palabra, -donde una promesa hecha a quienes no se contempla que les pertenezca, claro está-, sólo la aprehenden bajo su modalidad colectiva del *parler pour*²: palabra raptada, palabra birlada, propicia para la hipnosis y para la emanación colectiva de la creencia. El discurso que promueve los problemas sobre seguridad pública puede así convertirse a la vez en promotor de angustia y en portador de adhesión, porque reúne, en la misma enunciación, la amenaza y su conjuro.

Por eso las ideologías de salvación hallan siempre su apogeo en momentos en que la relativiza-

ción de la noción de fronteras nacionales cuestiona todo un imaginario de la oposición del adentro y el afuera, en una dicotomía que se funda únicamente sobre el repliegue del límite que se cierra sobre sí mismo para convertirse en continente de un contenido al que le da consistencia. Lo que así se llama fronteras, en política, si tienen valor de piel y si sus puertas se traducen en esfínteres, toma la función de imagen de un cuerpo; en el imaginario nacionalista, tragar es naturalizar, y exiliar es expulsar; cuerpo carnal y cuerpo social se fundan en la representación analógica de los buenos y los malos objetos. Se comprende entonces la incredulidad que atormenta a algunos contemporáneos nuestros respecto a las condiciones de posibilidad de una integración no desintegradora, el recelo frente a la voluntad de

integración manifestada por el *cuerpo extraño*, y el clima de terror que de allí se deriva siempre; se crean así las condiciones más propicias para el establecimiento de una obsesividad defensiva y de una organización represiva que engendran la construcción de un verdadero delirio obsidional colectivo.

Ya sea como mandato, amenaza, maldición o profecía, el terror se articula siempre con un proceso de aniquilación de todo vínculo de la palabra, porque precisamente la función que tiene allí su enunciación es denegarle, a quien le esté destinada, todo poder de reciprocidad, prohibiéndole así

TERROR

El TERROR, al fundarse en la intensidad del medio que engendra, mantiene al sujeto bajo la dependencia imaginaria o real de la potencia del Otro, que lo domina al punto de hallarse aterrado y remitido a un phobos bajo cuya influencia su potencialidad de investimento erótico se verá aniquilada, disuelta, por la ausencia de un espacio donde la inscripción simbólica pudiera dejar sus huellas.

A pesar de hallarse en los brazos de su padre durante su cabalgata nocturna y a pesar de la palabra de éste que buscaba tranquilizarlo ("*Es sólo la bruma*"), el niño de la balada de Goethe, confrontado a la aterradora aparición del *Erlkönig* (el Rey de los Alisos), ya no puede escapar al espanto mortal. *In Seinen Armen das Kind War tot*. Esta elaboración poética nos representa los efectos del fracaso de la representación, que se destruye por su imposibilidad de asumir la angustia que engendra y que toma entonces el lugar del vacío, que inscribe su falla.

Como lo escribe Michel Guerin³: "*La abolición de la alteridad me provoca una crisis de identidad. El vértigo que me trastorna, en vez de inscribirse en el texto afectivo donde el yo se conforta y define, me devuelve a un pasado anterior al sujeto, trastoca la memoria cultural, rompe el espejo donde el individuo se refleja como yo. Heme aquí devuelto a lo inmemorial, a lo arcaico, a una modalidad anteafectiva del sufrir*".

Ya sea como mandato, amenaza, maldición o profecía, el terror se articula siempre con un proceso de aniquilación de todo vínculo de la palabra, porque precisamente la función que tiene allí su enunciación es denegarle, a quien le esté destinada, todo poder de reciprocidad, prohibiéndole así

3. Guerin M., *La Terreur et la Pitié*. T. 1. Arles: Actes Sud, 1990.

2. *parler pour*: hablar por, hablar para, y sobre todo hablar en favor de. (N. del T.)

desprenderse de ella, precipitándolo en una dimensión que excluye su subjetividad y donde queda abolido todo uso posible de la metáfora. Nadie puede aspirar a responder por sí mismo cuando se lo mantiene bajo dominio, y justamente es un signo del terror que aquel que es su víctima no pueda defenderse del miedo enunciándolo.

El sujeto logra desprenderse del terror para así manejar su miedo por medio de la institución de objetos interpuestos entre la Cosa y él, e identificándose a su propia representación; si en efecto, esto es así, podemos imaginarnos hasta qué punto el desmoronamiento de este apoyo -por ejemplo, en curso de una desestructuración psicótica- puede confrontar al sujeto con un terror *sin nombre*, vale decir, claramente, inconcebible para los neuróticos que somos (por más fóbico-obsesivos que sean).

En revancha sin embargo, la experiencia psicótica indudablemente puede remitirnos al proceso según el cual es la determinación del sujeto en tanto representación la que pone fin, ontogenéticamente, al terror del que era presa originalmente.

VIOLENCIA

La VIOLENCIA, ligada a la representación que sostiene su efecto, participa, en cambio, de la manera como el sujeto llega a pensar su miedo. Designa el objeto del miedo y se torna afín al insulto. Como ya lo indicamos, la noción de sospechoso, tal como la define la ley aprobada por la Convención el 17 de septiembre de 1793, designa a todo individuo que *aunque no haya hecho nada contra la libertad, no ha hecho nada por ella*. Así pues, sanciona y categoriza de manera casi taxonómica a todos aquellos que se rehúsen a encarnar los ideales de la ideología unitaria del *actuar por la libertad* y revela inmejorablemente

hasta dónde puede fundarse con ello el estatuto del ciudadano sobre el poder de la exclusión.

No podríamos dejar de interrogarnos sobre el beneficio extraído, en tal ocasión, por quien coloca al otro en la dimensión del rechazo: de hecho, a través de este acto de denuncia, cuyo valor de designación determina tanto lo no especularizable como lo que no puede tolerarse de la representación de una diferencia, busca producir el borramiento de la representación de su propia falta. Si se pretende fundar lo homogéneo y asegurar la unidad de una serie amenazada por la existencia de lo que se plantea como inasimilable, conviene entonces que reine la violencia, ante la cual el otro queda sin consistencia, para escapar al terror en que nos encerraría el exceso de consistencia del Otro.

Los estudios adelantados sobre la Violencia de Estado han permitido cernir los efectos del estado de amenaza y las actitudes de negativa o de sumisión que éste condiciona, abriendo la puerta a lo impensable de lo que Bion denomina *terror sin nombre*. El modelo del estado de amenaza, escribía la psicoanalista ar-

gentina Janine Puget⁴, *"es el de un cuerpo desarticulado en busca de los signos que puedan reorganizarlo. Es posible que las experiencias correctivas ayuden a dar un sentimiento de seguridad interna y a sobreponerse al terror, al miedo o al horror"*.

En comparación al terror, ¿la violencia le deja lugar a la posibilidad de una reinscripción del proceso de simbolización con el que podrían reanudarse los hilos de una memoria desecha y sostenerse la continuidad del vínculo del sujeto con aquello que constituye su historia? ¿Y a la reinscripción de la relación con la Historia de esta historia?

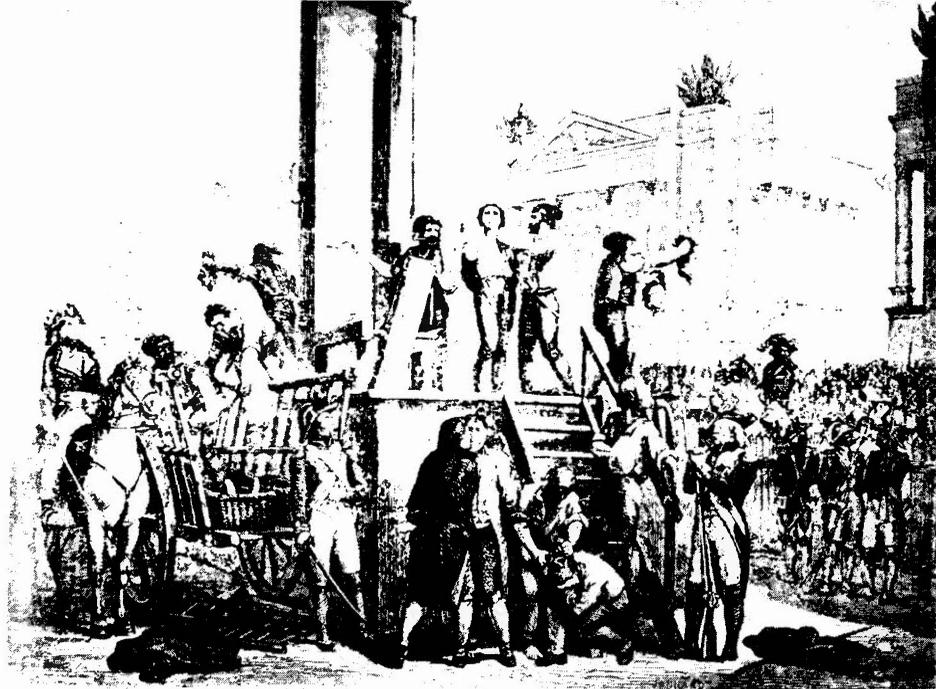
PODERES DE LA PALABRA

Para continuar con nuestro modelo, podríamos hablar de los PODERES DE LA PALABRA recurriendo a la manera como Jean Pierre Faye⁵ describió el doble circuito por medio

del cual se desarrolló, en la noche del 9 al 10 de termidor, el campo de la circulación narrativa resultante, por una parte, de la Convención, donde se hacían declaraciones que

4. Puget J., *Violence d'Etat et Psychanalyse*. Paris: Dunod, 1989. p. 39.

5. Faye J.P., *Peut-on raconter l'événement? Le temps du non*, No. 10-11, Abril-Septiembre, 1991.



denunciaban a Robespierre como realista oculto por fin desenmascarado, y por otra, de la Comuna, que enjuiciaba a la Convención tachándola de asamblea de traidores a sueldo del extranjero. Esta circulación halló su fin cuando la bala del arma del gendarme Merda topó con la quijada de Robespierre, acusador central, acallado desde entonces y destinado a la guillotina, pero que ya desde el 8 de termidor se encontraba perdido al verse desprovisto de su hegemonía narrativa y expuesto a la injuria.

La articulación sintáctica de la injuria, al situar al insultado bajo el signo de la especie, lo coloca deliberadamente por fuera de toda referencia subjetiva, haciéndolo participar de un significante aislado de la cadena que presuntamente define su esencia, y que lo fija en una identificación especular objetivante. La pasión identificadora nunca se distancia mucho de lo que anima la estigmatización racista si surge cuando la identidad nacional se halla bajo una crisis de representación, y en la que se convoca al ciudadano a la reconquista de las fronteras naturales o a la salvaguarda de la pureza de los orígenes. Si la nominación se opone en ocasiones a la simbolización (y en tales casos la primera es sólo una irrisoria pan-

tomima de la segunda), es porque el insulto procede del poder inmediato que resulta de producir una fractura del vínculo de palabra entre insultado e insultante, y porque lo reduce a la imposición al renunciar a representarlo, para fijarlo en una representación aterradora para él y horripilante para los demás: *No eres más que eso; sólo eso!*

Por su parte, el psicoanálisis nos enseña que cuando se coloca al sujeto en posición de recibir el mensaje que viene del Otro, conviene que le sea abierto el campo de una dialéctica que le permita no verse obligado a responderle inmediatamente como si se le manifestara en forma de un mandato productor de obediencia automática que no movilizara una dimensión temporal. En cambio, el mandato que inaugura lo simbólico para la humanidad, en la medida en que se articula con la interdicción, no tiene nada de impositivo porque implica para cada caso la existencia de un auditor supuesto que obliga a recibirlo como una pregunta que viene del Otro.

Desde este punto de vista, ¿no podría definirse la tarea del psicoanalista como transmisión de lo que, en la tradición analítica, compete al compromiso ético que subtiende su saber y anima su práctica? Tra-

bajar por restablecer los lazos de la memoria rota actualizándolos en actos de memoria, ¿no es acaso tomar partido por un *cumplir con su palabra*, tanto por parte del analista como del analizante, que permite que algo que es destino para un sujeto pueda llegar a desanudarse por el sostenimiento de una palabra que logre que sea lo posible lo que se repita, y que en lugar de lo imposible -que como todos saben funciona como un real-, nadie sea obligado, retenido ni conservado como rehén?

DEL TRAUMA AL CONFLICTO

El "*Wo Es war, soll Ich werden*" freudiano nos señala la ruta del recorrido DEL TRAUMA AL CONFLICTO que permite, por un dispositivo de lenguaje, el advenimiento del sujeto en la cura, a través de una reactivación de las fuerzas conflictuales. Decía Lacan⁶ "*¿No les parece notable, que en el origen de la experiencia analítica, lo real se haya presentado bajo la forma de lo que tiene de inasimilable -bajo la forma del trauma, que determina todo lo que sigue, y le impone un origen al parecer accidental?*"

Este inasimilable, que funciona como un cuerpo extraño al que no se le puede arregar nada porque todo lo que el sujeto podría experimentar de él está situado por fuera de su conocimiento solamente podemos abordarlo por los afectos de angustia y por el espanto en que nos sumerge la presencia enigmática de lo indescifrable. La puesta en palabras de lo innombrable es, por definición, lo que no puede dejarse oír en lengua alguna, con excepción tal vez de la del cuerpo, donde lo irrepresentable, en tanto real imposible de soportar, hace sentir su presencia.

En lo esencial de la maniobra

6. Lacan J., Seminario XI. *Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Barcelona: Paidós, p. 63

analítica, lo que resulta de lo traumático pone en relieve la antinomia que confronta la exigencia narrativa al choque con lo indecible. No obstante, si se confirma que la red de la Palabra ejerce su dominio sobre *Das Ding*, será posible entonces abordar analíticamente los traumatismos narcisistas actuales o infantiles, si se conviene en que la dimensión que evoca el traumatismo es justamente la relación con el real que es intrínseco al lenguaje y que hallará en el espacio transferencial su atribución afectiva a través de las circunstancias de su narración.

Del logro de tal maniobra dependerá que algo de la herida consecutiva a la violencia de la injuria llegue a simbolizarse a través de las figuras del conflicto.

Permitamos que cada cual elabore su vía de acceso para trabajar este asunto y ocupémonos nosotros de subrayar cómo Freud entendió su aporte a la comprensión de la manera como llega a transmitirse un evento a partir del trauma: al respecto, Freud nos abre un camino con la noción de *Beleidigung*, y con la descripción de las relaciones que ésta mantiene con el dolor que provoca bajo los auspicios de *Kränkung*. En los "Estudios sobre la Histeria", ésta última viene a significar la herida no vengada, la afeción que engendra y la humillación subsecuente; toma el lugar, a manera de ofensa, de representante del traumatismo psíquico, en tanto que la ofensa abarca en su significación al evento traumático, al estado del psiquismo en el momento en que sobreviene el evento, así como las consecuencias psíquicas debidas a la conservación de la intensidad y la integralidad del recuerdo bajo la influencia de la hendidura psíquica que impone.

Así lo dice Sylvie Nysenbaum⁷: "La palabra⁸ es mágica por su historia, y esto porque la historia es siempre de actualidad aunque esté eclipsada por la civilización y por la inflación de las palabras. Mágica en sí, pues es su parte silenciosa, el grito que acompaña al acto, el que se ha tornado silencio. De ello resulta que la palabra tiene el poder de dividir dividiéndose, y de acosar al sujeto. Su mira la hace portadora de una creencia sobre su destinatario, que siempre toma el lugar de primer locutor: se trata entonces de una creencia sobre sí mismo. Es mágicamente como la palabra ha de presentarse, y también con ello ésta toma el lugar del acto y repite el traumatismo de los comienzos de la palabra (*parole*). Es a través del entendido que se ha realizado la identificación al padre de la prehistoria personal... y que su figura se ha erigido en el psiquismo. Figura en parte intratable, como el destino, extraña para siempre al interior del psiquismo".

Poderes de la palabra que tienen que ver con este entendido cuando se relaciona con la *escucha* que el monoteísmo erigió como punto de equilibrio de la construcción simbólica que nos legó, y de aquellos

en quienes la palabra delega los poderes del decir: es en torno a este eje temático que los psicoanalistas podrían invitar a historiadores, lingüistas, juristas, periodistas y políticos para interrogar con ellos la capacidad que ofrece el modelo propuesto por la modalidad psicoanalítica del discurso para dar cuenta, en la coyuntura histórica que circunscribe nuestro presente, del cuestionamiento cuyo tenor creímos actualizar con el tema que intentamos formular aquí*



7. Nysenbaum S., *L'offense*. L'écrit du temps, No. 3, 1993

8. Palabra remite aquí a MOT, salvo cuando se indica lo contrario. (N. del T.)